

menester tener el corazón empedernecido para no enternecerse y aun desfallecer al hablar de los tormentos del corazón de la Santísima Virgen: *¿Quis posset non contristari Christi matrem contemplari, dolentem cum filio?* Haced, ¡oh dolorosa Reina! que la consideración de la pasión de vuestro Divino Hijo y de los dolores que Vos experimentásteis durante su pasión y muerte al verle depositar en el sepulcro, que nuestros corazones se enardecen en el amor de nuestro Redentor Santísimo y en la tierna compasión de vuestros dolores: *Fac ut ardeat cor meum in amando Christum Deum, ut sibi complaceam.* Si así lo hacemos, mis amadísimos hermanos; si procuramos hacer para nosotros fructuosa la muerte de Jesucristo y también los dolores de su Santísima Madre, tendremos la inestimable dicha de ser moradores de la patria celestial. Pasemos ya á ocuparnos de los triunfos de la Iglesia de Jesucristo, asunto de la

#### SEGUNDA PARTE.

El establecimiento del cristianismo es ciertamente el fenómeno más extraordinario que se encuentra en los anales del mundo. Es un hecho que merece fijar en él la atención, porque su estudio es suficiente para llevar el convencimiento al corazón de cualquiera que haya podido abrigar alguna duda acerca de la verdad de nuestra religión sacrosanta y de la divinidad de su fundador. ¿Cuál era el estado del mundo cuando los apóstoles en cumplimiento de un solemne mandato se repartieron el universo para predicar el Evangelio? Si exceptuamos el pueblo judío, el resto del mundo estaba envuelto en los velos de la idolatría: por una parte

culto extravagante; por otra costumbres las más inmorales, depravadas y licenciosas. La que era reputada señora de las naciones, la Roma de los Emperadores, era esclava de todos los vicios. El cetro de los Césares, que era un cetro de hierro, oprimía del modo más tiránico y cruel al resto de la humanidad.

Ya hemos demostrado en el discurso anterior las grandes luchas que la Iglesia tuvo que sostener durante su dilatada infancia con el poder de los Emperadores, y la dejamos al cabo de tres siglos de pruebas las más penosas, sentada en el trono de Constantino. Esto no obstante hagamos algunas nuevas reflexiones sobre la época de las persecuciones. Aquellos hombres escogidos por Jesucristo para llevar á todas partes la gloria de su nombre; los apóstoles, sin talento natural, sin conocimiento de las ciencias, sin protección alguna acometen la árdua empresa de derribar del trono á Júpiter para sustituirle con un Jesús que se decía hijo de un carpintero de Judea. ¿No es verdad que á primera vista parecía una empresa árdua, temeraria é insensata según las luces de la razón? Sin embargo ellos consiguen á pesar de que el mundo entero se desencadena contra ellos, que Jesús sea reconocido y adorado como verdadero Dios: y si bien Roma se alarma y tiembla por sus dioses, la religión verdadera llega á dominar en ella, y la Cruz se eleva magestuosa sobre el Capitolio.

Ciertamente la religión cristiana no se anunció como favorable á las pasiones, ni trató de dejar á los corazones en pacífica posesión de sus pretensiones, cerrando los ojos sobre los vicios que entonces eran dominantes. Si así hubiese sido, no habría que extrañar su rápida propagación: pero sabido es que el

cristianismo se anunció como debiendo obrar una gran revolucion en las ideas, en las costumbres y aun en las leyes. No era, pues, posible que el universo fuese reducido por los nuevos predicadores. Para destruir las divinidades que adoraban los pueblos, era necesario hacerles conocer la necesidad de obrar de este modo. Para que Jesucristo fuese reconocido por verdadero Dios, por único Dios con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de Esencia y Trinidad de Personas, no bastaba decir: «Jesus, al que los judíos crucificaron en el Gólgota, es Dios.» Era necesario mas: era preciso probarlo, y que sus predicadores confirmasen con estupendos prodigios la doctrina que enseñaban, y estos prodigios se verificaran á presencia de multitud de testigos. Lo que se anunciaba no era una opinion, era sí una verdad. Si así no hubiese sido; si los Apóstoles no hubiesen estado convencidos de la verdad; si no hubiesen visto á Jesus resucitado; si no hubiesen hablado con él, ¿creeis que estos hombres naturalmente cobardes, que huyeron ó se escondieron en el dia del peligro, hubiesen sacrificado la vida en su defensa? Abrid la historia de la Iglesia, y encontrareis mas de diez millones de mártires que gustosos sacrificaron su vida por Jesucristo y su religion. ¿Puede hacerse esto por solo una opinion? No se sacrifica de este modo la vida para sostener utopías humanas. No se predica una nueva idea, una nueva doctrina por el placer de anunciarla, sabiendo que á la predicacion ha de seguir la muerte entre los mas crueles tormentos. Confiad, habia dicho Jesucristo á sus Apóstoles; confiad que yo he vencido al mundo. Y esta confianza es el arma poderosa con la cual luchan contra todos los poderes humanos: con ella hacen

bambolear sobre sus pedestales las estatuas de los dioses, erigiendo sobre las ruinas de los templos que la gentilidad los habia dedicado, otros templos consagrados al verdadero Dios. No hay en el mundo causa alguna que descanse en pruebas mas solidas que el cristianismo.

Tal vez me direis; siendo así ¿cómo á pesar de tan relevantes pruebas, de esos triunfos admirables conseguidos en los primeros siglos sobre el poder de los emperadores, ha tenido siempre y tiene en la actualidad tantos enemigos? Jesucristo, señores, fué objeto de contradicciones y grandes persecuciones, y estas mismas persecuciones fué la herencia que legó á su Iglesia, establecida en medio de las blasfemias y del ódio, como de los homenajes y bendiciones de los hombres. Para su mayor gloria, para sus mas relevantes triunfos habian de servirle las contradicciones de todos los poderes humanos.

Ya es tiempo que nos fijemos en otra clase de contradicciones. Si grandes fueron las persecuciones por parte del imperio romano, la heregía vino tambien á presentar rudos combates á la Hija del cielo.

Muy difuso seria el enumerar y esplicar en este momento las heregías suscitadas en la série de los siglos, y que han hecho verter lágrimas de dolor á la Esposa Inmaculada del Cordero. Aun estaba fresca la sangre que bañara el Gólgota, aun parecia escucharse en el mundo la voz de los Apóstoles, pues sus primeros discípulos anunciaban por todas partes la celestial doctrina que de ellos habian recibido, y en los tres primeros siglos, cuando aun la religion se hallaba en su infancia, se presentan los Basilides, Marcion, Montano y Sabelio, combatiendo á la Iglesia

y oponiéndose tenazmente á algunos de sus dogmas principales. Tras estos en el siglo IV vemos á Arrio, Apolinar, Macedonio y otros, que dan su nombre á nuevas heregías, quién oponiéndose á la divinidad de Jesucristo, quién negando que la Santísima Virgen era Madre de Dios, buscando argumentos en las doctrinas absurdas del paganismo y la filosofía. Empero Dios que vela por su Iglesia, hace aparecer en el mundo á los Crisóstomos, Agustinos y Gerónimos que en el campo enemigo y con la razón del Evangelio en la mano los combaten y los vencen. Confundidos estos heresiarcas y pulverizados sus errores, cuando ya parecía estar tranquila la Iglesia, vemos nacer el Pelagianismo, y para que no pelease solo, se le agregan Nestorio y Euthiques, que llenos de soberbia preparan nuevas batallas: pero se encuentran frente á frente con otros atletas que llenos de fé se preparan para defender la celestial doctrina: rabiosas las potestades satánicas reclutan en el seno mismo de la falsa filosofía nuevos y mas ardientes defensores del error: tales son los Monotelistas, Albigenses, Wiclefistas, Husitas, Sacramentarios y otros. En el siglo XIII hizo la heregía los mayores esfuerzos y los Fraticelos, los Guillemos de Sancto Amore y otros capitanes del error, presentaron cruelísimas batallas, pero fueron derrocados por héroes admirables de virtud y ciencia que el cielo suscitara, entre los cuales resplandece y destaca magestuosamente la gran figura de San Antonio de Pádua, incansable predicador de la verdad católica y celoso defensor de la Iglesia santa.

Llegó el siglo XVI y en él se levantó una revolución espantosa, madre de las que despues han venido

agitando á la humanidad, esta revolucion de marcado carácter demagógico fué iniciada en la Alemania. El abatimiento del espíritu humano fué bautizado con el nombre de *reforma*. Un escritor funestamente célebre, monacal, sacerdote y jurista se puso á la cabeza de la rebelion, introduciendo en el mundo un verbo nuevo, la autoridad inmediata de la Biblia, como único criterio de razón. Este atrevido parricida, este hombre henchido de satánica soberbia que se propuso dirigir sus tiros á su madre la Iglesia, fué el atrevido doctor de Withemberg, el pérfido apóstata Lutero, que arrastrándose en el cieno asqueroso de su inmoralidad y osadía, inconsecuente en sus doctrinas, y olvidado de todos sus deberes, fué el escándalo de su siglo y de los que le han sucedido. ¡Qué funestos efectos produjo la revolucion religiosa capitaneada por Lutero! Un nuevo símbolo vino á destruir los vínculos de la verdadera fé y de la caridad cristiana: arrojados los sacerdotes de los presbiterios, entregados los libros santos á la discusion del libre exámen, negados los dogmas capitales de las creencias católicas, todo fué confusion, trastornos y desórden. La Alemania fué arrastrada por la heregía, y la Gran Bretaña, esa nacion poderosa que era llamada con justicia jardin de la Iglesia, cayó en el cisma, merced á la incontinencia del orgulloso y sanguinario Enrique VIII que tiñó los cadalsos con la sangre de sus propias esposas.

No negaré, señores, los funestos efectos de la batalla dada por Lutero, cuya rebelion creó todas las revoluciones siguientes, como la de Lucifer y los ángeles malos, creó el infierno. Pero al fin ¿consiguió el objeto que se propusiera concluyendo de una vez y para siempre con la Iglesia católica? ¡Ah! Que esto

era un imposible, porque todos los esfuerzos humanos se estrellan contra la roca indestructible donde están gravadas estas palabras de Jesucristo: « Las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia.» Mientras tanto Lutero destruía en Alemania, aparecen en la católica España, un Ignacio de Loyola, fundador de la célebre compañía de Jesús, un José de Calasanz, que instruye á la juventud guiándola por las verdaderas sendas de la salvación, un Francisco de Borja y otros muchos obreros evangélicos, distinguiéndose entre todos nuestra simpática compatriota Santa Teresa de Jesús, que inflamada en el fuego del amor divino, lleva á cabo para contrarrestar la obra de Lutero, la reforma del antiguo orden carmelitano. Entonces en aquel siglo de sábios y de santos, en la época de nuestro gran cardenal Jimenez de Cisneros, la religion católica apareció en todo su esplendor y gloria en nuestra patria.

Sabidos son, señores, los esfuerzos de la escuela enciclopédica del pasado siglo, que arrastró á los últimos lindes de la barbarie y de la impiedad al pueblo de San Luis, y sabido es tambien que fué impotente para eclipsar las glorias del catolicismo.

Hoy nos hallamos en pleno siglo XIX. Nuevas batallas se presentan. Por una parte es combatido Jesucristo al que quieren sus enemigos arrancar la preciosa aureola de su divinidad. Por otra se asestan tiros al Vaticano, persiguiendo al augusto sacerdote que ciñe en sus sienes triple diadema. Pero no temamos: la Iglesia triunfará como hasta aquí de todos sus enemigos, porque está sostenida en el dedo de Dios, que no se mueve como la caña agitada por el viento. Sus persecuciones servirán siempre y en todo tiempo

para mayor demostracion de su verdad, y sus enemigos concluirán su vida en la humillacion y en el oprobio. ¿No serán suficientes, mis señores, diez y nueve siglos de pruebas para convenceros de que estais en la verdad estando en la Iglesia de Jesucristo? Pues si así lo creéis, procurad no dejaros arrancar de vuestros corazones el depósito precioso de la fé que heredásteis de vuestros mayores: conservad este don de precio tan inestimable, y vivid conforme á la doctrina que os enseña vuestra Madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, fuera de la cual no hay salvación. De este modo, y cumpliendo con exactitud vuestros deberes religiosos, abordareis al puerto de la eternidad con el testimonio de una conciencia tranquila, y tendreis despues en el cielo un lugar entre los bienaventurados. Amen.